

podrá, en el entretanto, arreglar ventajosamente sus litigios con el emperador.

De manera que una vez más va a introducir Luis XIV sus tropas en el territorio del imperio (1), en la creencia, sin embargo, de que no emprendía una guerra, sino una simple operación militar, ya que no quería hacer nuevas conquistas y si únicamente adelantarse a su enemigo con una irrupción repentina y obligarle a ceder en todos los puntos litigiosos. Él mismo explicó que su agresión era, si así decirse puede, defensiva. En el manifiesto de 24 de septiembre de 1688 comparaba la generosidad y la moderación de Francia, cuando la tregua de Ratisbona, con la conducta hostil de Alemania, patentizada en la negativa a convertir la tregua en paz, en la formación de la liga de Augsburgo y en las cuestiones del Palatinado y de Colonia. Añadía que la necesidad de ponerse en guardia le obligaba a apoderarse de algunas plazas desde las cuales podían los enemigos penetrar fácilmente en sus Estados, y como prueba de sus intenciones pacíficas, se comprometía de antemano a restituir Philippsburgo, que iba a ocupar, y decía que hasta haría el sacrificio de devolver Friburgo, con tal que la tregua se convirtiese en un tratado definitivo. Al elector palatino le pediría solamente, en nombre de la duquesa de Orleáns, una compensación pecuniaria por los derechos de aquélla a la sucesión del Palatinado; y finalmente Francia haría salir sus tropas del electorado de Colonia, en donde habían entrado para apoyar a Fürstenberg, que se había instalado allí, y aún proporcionaría a José Clemente de Baviera la coadjutoría,

(1) Se han preguntado algunos si Luis XIV no habría obrado más acertadamente atacando a Holanda en vez de atacar a Alemania y si no habría debido socorrer a Jacobo II, aun contra la voluntad de éste. Para nosotros que conocemos las consecuencias de la revolución de 1688, la respuesta no es dudosa: ante todo importaba impedir la expedición de Guillermo. Pero para el rey de Francia no se planteaba el problema en estos términos, puesto que en primer lugar no creía que atacando a Alemania desencadenase la guerra; en segundo, no existía conflicto alguno entre él y las Provincias Unidas y en cambio desconfiaba de Inglaterra, y finalmente no podía prever la rapidez con que iban a desarrollarse en Inglaterra los acontecimientos. En realidad, el plan de Luis XIV, en septiembre de 1688, era el más ventajoso que podía seguir y es innegable que la resolución por él tomada no fué a la ligera. A falta de pruebas provenientes del rey, tenemos los testimonios de Chamlay y de Villars, el primero de los cuales aconsejaba, en 11 de octubre de 1688, a Louvois que formase prontamente en Inglaterra un partido capaz de resistir a Guillermo y que reflexionase «sobre las ventajas que puede reportar la ocupación del señor príncipe de Orange en Inglaterra y de su ausencia de Holanda, medio seguro de conseguir una paz sólida.» «Estoy seguro, añadía, de que os habréis hecho estas consideraciones en el momento mismo en que hayáis tenido noticia de los propósitos del duque de Orange.» (Rousset, t. IV, pág. 152). En cuanto a Villars, exprésase muy claramente en sus *Mémoires* (edición de Vogüé, t. I, página 101): «La corte estaba, pues, sumamente indecisa acerca del partido que debía adoptarse, vacilando entre apoyar al rey Jacobo, que iba a ser atacado, o impedir la paz con los turcos que estaba a punto de concertarse y que, una vez firmada, nos pondría enfrente de todas las fuerzas del emperador y del imperio. El señor de Louvois... optó por esto último, y en realidad nada nos importaba tanto como reservarnos un recurso tan poderoso como el turco. Y por otra parte, todo indicaba que una revolución tan grande no podría consumarse en Inglaterra sin muchos disturbios y discordias, lo cual nos convenía mucho más que una forma de gobierno pacífico bajo la autoridad del rey Jacobo, tanto más cuanto que ya habíamos visto a esa misma Inglaterra tranquila y unida bajo la autoridad del rey Carlos II, que nos era muy adicto, obligar a ese príncipe a declararnos la guerra.»

si el papa y el emperador reconocían como arzobispo-electoral al cardenal Fürstenberg. Estas proposiciones habían de ser aceptadas dentro de un plazo de tres meses; de no serlo, en enero de 1689 el rey recobraría su libertad de acción.

Luis XIV realizó inmediatamente sus amenazas contra el papa y contra el imperio. Contra Inocencio interpónese, en 27 de septiembre de 1688, apelación ante el concilio general; ocúpase Aviñón en octubre, Lavardin arrecia en Roma en sus provocaciones, y en la corte de Versalles, el nuncio Ranuzzi, estrechamente vigilado, sirve, en cierto modo, de rehén.

Numerosas tropas penetran en el imperio a fines de septiembre y primeros de octubre; Sourdis y de Asfeld se instalan en las plazas del electorado de Colonia (2); de Humieres invade el obispado de Lieja, y el ejército del Rhin, bajo el mando nominal del Delfín, a quien asesoran Durás y Vaubán, pone sitio a Philippsburgo. Huxelles y Bouffers invaden el Palatinado cisrenano, entrando el primero en Espira y tomando el segundo Kaiserlauter y ocupando casi sin resistencia las demás plazas; y el elector de Maguncia recibe una guarnición francesa en su capital. La Alemania transrenana no tarda en ver mutilados sus territorios: en efecto, el príncipe de Baden entrega Durlach y Pforheim; Heilbronn abre sus puertas, y un hijo del Elector abandona Heidelberg, mediante permiso para llevarse sus muebles.

En el entretanto, Vaubán dirigía el sitio de Philippsburgo; y aunque la ciudad contaba con muy fuertes defensas, y a pesar de que las continuas lluvias y las enfermedades que atacaban a un ejército ya fatigado por los trabajos del Eure, hacían la empresa difícil, la plaza se rindió en 29 de octubre, después de un asedio en extremo mortífero. A esta victoria siguieron la capitulación de Mannheim, en 12 de noviembre, y de Frankenthal, en 19 del mismo mes. En menos de dos meses, los franceses se habían hecho dueños de la mayor parte del Palatinado y, a excepción de Coblenza, que había resistido un bombardeo terrible, ocupaban toda la orilla izquierda del Rhin; pero ese proceder violento, en vez de aterrar al enemigo, lo exasperó. Los enviados franceses en Viena y en Ratisbona fueron despedidos; el emperador contestó, en 18 de mayo, al manifiesto de Luis XIV, y algunos días después, muchos príncipes alemanes decidían enviar al Rhin un ejército de veintiún mil hombres. Francia, como dice Spanheim, «para evitar una guerra lejana, incierta y que mil accidentes ó circunstancias podían hacer fracasar, había acometido ó, mejor dicho, precipitado otra a sabiendas.»

CAPÍTULO II

LA GUERRA LLAMADA DE LA LIGA DE AUGSBURGO (3)

I. La guerra se generaliza. — II. La gran alianza de Viena y la Francia. — III. Operaciones militares y negociaciones estériles

I. — La guerra se generaliza

Luis XIV, en el momento de romper la tregua de Ratisbona, contaba con que la lucha entre Jacobo II y

(2) Los franceses no ocupan la ciudad de Colonia, en donde habían entrado, en septiembre, algunas tropas brandeburguesas.

(3) FUENTES: Además de las anteriormente citadas, las *Mémoires* de Catinat (ed. La Bouyer de Saint-Gervais, 3 vol.); de

Guillermo de Orange impediría la intervención de las Provincias Unidas y de Inglaterra y condenaría a los demás Estados a la inacción; pero había echado mal sus cálculos. Guillermo, en cuanto supo que Francia atacaba al imperio, había apremiado a los Estados Generales para que consintieran en una expedición a Inglaterra a fin de obligar al gobierno de ésta a declararse contra Francia. La opinión pública, minada desde hacía tiempo por los ministros protestantes y por los refugiados franceses, habíase pronunciado en favor de ese proyecto, al que, en 8 de octubre de 1688, se adhirieron los Estados Generales. Pocos días después, declararon éstos a los ministros extranjeros acreditados en La Haya que, «habiéndoles inspirado legítimas alarmas para el mantenimiento de su religión y de su independencia los estrechos vínculos que unían al rey de la Gran Bretaña con Su Majestad Cristianísima, habían creído conveniente ayudar al príncipe de Orange con fuerzas navales y militares para que fuese a restablecer el orden y el imperio de la ley en Inglaterra; no obstante lo cual, la intención del príncipe no era subyugar aquel reino, ni destronar al monarca reinante, ni molestar a los católicos, sino únicamente restablecer allí la paz pública y el imperio de las leyes, haciendo convo-

car un parlamento libremente elegido por la nación.»

Con algunas semanas de retraso, a causa de los vientos contrarios (vientos *papistas*, como decían los partidarios del estatúder), hízose a la mar, en 11 de noviembre de 1688, la escuadra compuesta de cuatrocientas velas, de las cuales cincuenta eran buques de guerra, y mandada por el almirante Herbert, recientemente destituido por Jacobo II. Los regimientos, compuestos de holandeses, ingleses y refugiados franceses, iban a las órdenes de uno de estos últimos, el conde de Schönberg, mariscal de Francia. El día 15 de noviembre, después de una travesía favorecida por un viento *protestante*, efectuóse el desembarco en la playa de Torbay (1), no sin antes haber evitado un encuentro con la flota de Jacobo II. Guillermo no obtuvo el recibimiento caluroso que esperaba, porque la revolución era principalmente obra de los grandes señores y de los obispos anglicanos, que no podían tolerar que Jacobo II entregase a los católicos los cargos de la corte, de la iglesia y del ejército. Mas cuando el rey se vio abandonado por sus ministros, sus generales, sus obispos, por su yerno Jorge de Dinamarca y por su propia hija, la princesa Ana, aquellos ejemplos arrastraron al país en masa.

Jacobo, en quien a la seguridad había substituído el terror, ni supo resistir con energía ni negociar con lealtad, y abandonando su reino, refugióse en Francia, en la creencia de que reinaría en Inglaterra una anarquía tal que se haría necesario su regreso. Pero el Parlamento, después de algunas vacilaciones, ofreció la corona al príncipe y a la princesa de Orange, y en 23 de febrero de 1689, Guillermo y María, después de haber oído en sesión solemne la lectura de la *Declaración de los Derechos*, fueron proclamados conjuntamente rey y reina de Inglaterra.

A principios de 1689 Luis XIV confiaba todavía evitar la guerra general, pues en resumidas cuentas sólo se hallaba en lucha abierta con el imperio y le parecía muy posible mantenerse en una buena defensiva en el Rhin, crear algunas dificultades al Austria y tener entretenido a Guillermo en Inglaterra, de modo que no pudiese intervenir en los asuntos del continente, para lo cual convenía darle que hacer en sus Estados.

Para asegurar la defensiva en el Rhin, los franceses arruinaron el Palatinado transrenano, obra brutal que comenzó, en marzo, por Heibelberg. Tessé, por orden de Louvois, mandó incendiar la ciudad, destruir el puente y minar el castillo, residencia de los electores, después de haber sacado de él algunos retratos de familia con intención de entregárselos a Madama «y de hacerle una fineza cuando estará un poco desprendida de la desolación de su país natal.» Mannheim fué tratada aún más duramente; en ella no se dejó piedra sobre piedra; los habitantes que quisieron establecerse en sus ruinas fueron acosados, y el sitio donde la ciudad se alzaba quedó «como un campo.» Igual suerte sufrieron Espira, Worms y Bingen desde el 31 de mayo al 3 de junio; todas fueron saqueadas. Los alemanes exasperados denunciaron a la indignación de Europa a «un enemigo implacable

(1) Costa de la Mancha en donde está actualmente el puerto de Brixham (condado de Devon).

Villars (ed. del marqués de Vogüé, el 1.º volumen); de Noailles (Col. Petitot, 2.ª serie, t. LXXII); de Berwick (Col. Petitot, 2.ª serie, t. LXV); de Tessé, de Feuquiére, de Saint-Hilaire, de la Colonie, de Merode-Westerloo. Las *Mémoires* de Tourville (Amsterdam, 1742, 3 vol.), de Forbin y de Duguay-Trouin (Col. Petitot, 2.ª serie, t. LXXIV y LXXV). *Le journal du corsaire Jean Doublet de Honfleur* (ed. Breard, 1884).

OBRA: Marqués de Quincy, *Histoire militaire du règne de Louis le Grand*, t. II y III, 1726. De Beaurain, *Histoire militaire de Flandre depuis l'année 1690 jusqu'en 1694*, París, 2 vol. en fol. 1755, precioso sobre todo por los mapas y planos. P. de Segur, *Le Tapisserie de Notre-Dame. Les dernières années du maréchal de Luxembourg*, París, 1904. K. von Landmann, *Wilhelm III von England und Max. Emanuel von Bayern im niederländischen Kriege (1692-1697)*, Munich, 1899-1900, 2 vol. G. F. Preuss, *Wilhelm III von England und das Haus Wittelsbach im Zeitalter der spanischen Erbfolgefrage*, Breslau, 1904. F. van Kalken, *La fin du régime espagnol aux Pays-Bas*, Bruselas, 1907. A. Schulte, *Markgraf Ludwig Wilhelm von Baden und der Reichskrieg gegen Frankreich (1693-1697)*, Heidelberg, 2 vol., 1901. E. de Broglie, *Catinat, l'homme et la vie (1637-1712)*, París, 1902. Fortescue, *History of the British army*, Londres, t. I, 1899. Guerin, *Histoire maritime*, t. III y IV, París, 1857. Mahan, *Influence de la puissance maritime dans l'histoire (1680-1783)*, trad. E. Boisse, París, 1889. J. S. Corbett, *England in the Mediterranean. A study of the rise and influence of British power within the straits (1603-1713)*, Londres, 1904, t. II. P. Coquelle, *Les projets de descente en Angleterre d'après les Archives des Affaires étrangères*, «Revue d'histoire diplomatique» 1901. G. Toudouze, *La défense des côtes de Dunkerque à Bayonne au XVII^e siècle*, París, 1900. A. Jal, *Abraham Du Quesne et la marine de son temps*, t. II, París, 1873. Delarbe, *Tourville et la marine de son temps*, París, 1889. Em. de Broglie, *Tourville*, artículos en el *Correspondant* (1907). Poulain, *Duguay-Trouin, corsaire, écrivain, d'après des documents inédits*, París, 1882. Vanderest, *Histoire de Jean Bart, chef d'escadre sous Louis XIV, et de sa famille*, Dunkerque, 2.ª ed., 1844-1845, en 12. Varios artículos de Mancel sobre Juan Bart en los *Bulletins de l'Union Faulconnier* (Dunkerque). Saint-Yves, *Les pertes au commerce de Marseille depuis la rupture de la paix de Nimègue jusqu'à la paix de Ryswick*, 1895. Duceré, *Histoire maritime de Bayonne. Les corsaires sous l'Ancien Régime*, Bayona, 1894. De Charlevoix, *Histoire de l'isle espagnole ou de Saint-Domingue*, t. II, París, 1731, é *Histoire et description générale de la Nouvelle-France*, 1744, 3 vol., los dos primeros. H. Lorin, *Le comte de Frontenac. Etude sur le Canada français à la fin du XVII^e siècle*, París, 1895.

y cruel, y el autor de los *Soupirs de la France esclave* escribió: «Los franceses eran tenidos en otro tiempo por nación honrada, humana, civil y de un espíritu opuesto á las barbaries; pero al presente, un francés y un caníbal casi son una misma cosa, á juicio de los vecinos.»

La guerra emprendida en el imperio devolvió la confianza á los turcos, quienes reanudaron las hostilidades en el Danubio; pero Luis XIV no logró decidir á Polonia á que se declarase contra el emperador ni contra el elector de Brandeburgo, ni tampoco recuperar la Baviera, á pesar de lo bien que le sirvió cerca del elector el marqués de Villars, entonces coronel de caballería, que se hizo amigo de Maximiliano Manuel y le prometió el oro y el moro. La cuestión de Colonia y el incendio del Palatinado, que causó horror en toda Alemania, decidieron al elector á romper sus relaciones con Francia, y ante una simple promesa de Leopoldo que le ofreció pedir para él á Madrid el gobierno de los Países Bajos, dió las dimisorias á Villars. Algunos meses después, obligábase formalmente con el emperador por medio del tratado de 4 de mayo de 1689. No fué más afortunado Luis XIV con el elector de Brandeburgo (1). Federico III, aunque de carácter pacífico y deseoso de no romper con Francia, se había negado á reconocer á Fürstenberg como arzobispo de Colonia, y en 8 de septiembre de 1688 habíase encontrado en Minden con su primo Guillermo de Orange y le había prometido un ejército de seis mil hombres. Algunos días después, varios regimientos brandeburgueses habían entrado en Colonia para defender el electorado, y por último, Federico, en una entrevista celebrada en Magdeburgo con el elector de Sajonia, el duque de Hannover y el landgrave de Hesse, declaró «que para los príncipes del imperio no quedaba más seguridad que la que encontrarían en las puntas de sus espadas.» Esos príncipes, por virtud del «convenio de Magdeburgo,» resolvieron el envío de un ejército de veintidós mil hombres al Rhin. Luis XIV intentó comprar la neutralidad de Brandeburgo, pero inútilmente.

En España falleció casi repentinamente, en 12 de febrero de 1689, la reina María Luisa de Orleans, que apoyaba al partido francés contra el partido imperial, y entonces Carlos II se inclinó á éste, para el cual eran todas sus simpatías, tanto más cuanto que Francia le había dado muchos motivos de resentimiento, pactó un acuerdo con los Estados Generales y dejó entrar en las fortalezas de Bélgica tropas alemanas. Luis XIV le declaró la guerra en 15 de abril.

También rompió el monarca francés con las Provincias Unidas. En noviembre de 1688 habían sido embargados los buques holandeses que se hallaban en los puertos de Francia; mas como los Estados Generales se habían negado á conceder patentes de corso para atacar á los buques franceses, nada había que temer por aquel lado, mientras el rey-estatúder no tuviera libertad de acción para intervenir con las armas en el continente.

Luis XIV trató de encerrar á Guillermo en la Gran Bretaña. Inglaterra parecía entregada enteramente á

(1) Haakes, *Brandenburgische Politik und Kriegführung in den Jahren 1688 und 1689*. Cassel, 1896.

éste, pero, en cambio, Escocia no se había declarado en favor suyo é Irlanda habíase sublevado en pro de Jacobo II por simpatía religiosa y por odio á los ingleses. Los irlandeses habían atacado á los landlores y asesinado á sus familias, y habían notificado á su rey que si no acudía á ponerse al frente de ellos, se entregarían á Francia. Jacobo II se despidió, en 25 de febrero de 1689, de Luis XIV, quien había hecho preparar una escuadra en Brest y facilitó á la expedición municiones, armas, dinero y un pequeño estado mayor de oficiales y hasta un diplomático, el conde Avaux, pero no tropas.

El 22 de marzo desembarcó Jacobo en la costa meridional de Irlanda y poco después entró en Dublín. Los oficiales franceses hubieran querido ante todo organizar y disciplinar el ejército irlandés «conjunto informe de cuarenta ó cincuenta mil almas que se morían de hambre, andaban medio desnudos y blandían por toda arma palos y hoces.» Jacobo II quiso dirigirse sin pérdida de momento al Norte de la isla, en donde se habían concentrado los partidarios de Guillermo, vencerlos, pasar luego á Escocia, cuyos montañeses se habían sublevado, y desde allí encaminarse á Londres. Partieron, pues, hacia Londonderry, pero los ingleses que allí se habían refugiado se resistieron y llamaron á Guillermo III, el cual envió una escuadra á la Mancha para impedir que la flota francesa, mandada por Chateau-Renault, desembarcase en Irlanda municiones y refuerzos. Pero cuando, en 11 de mayo, se presentaron delante de la bahía de Batry los veintidós buques ingleses mandados por el almirante Herbert, Chateau-Renault los recibió á cañonazos obligándoles á retirarse. Los franceses eran, pues, dueños todavía del mar.

Así comenzaron las hostilidades directas entre Luis XIV y Guillermo III. Éste declaró la guerra á Francia en 17 de mayo, invocando como otros tantos agravios el insulto á la bandera inglesa por los franceses, que se negaron á saludarla en los mares británicos; las hostilidades de los canadienses contra las posesiones de la Nueva-York y de la bahía de Hudson, y sobre todo del auxilio prestado á Jacobo II.

De suerte que la guerra que Luis XIV había creído poder limitar, se generalizaba. Hasta entonces, nunca se había visto el rey empeñado en lucha de tan grandes proporciones, ya que se había declarado en contra suya la misma Inglaterra cuya neutralidad ó alianza le había permitido siempre resistir y vencer. A Inglaterra resolvió Luis XIV llevar la guerra, manteniéndose en los demás puntos á la defensiva. Por otra parte, esta defensiva que consistía en cerrar el paso á los ejércitos extranjeros, vivir á costa del enemigo, en su propio territorio y tomarle plazas fuertes sin grandes riesgos, era la táctica preferida de Luis XIV y de Louvois, más administradores que militares y temerosos de los azares de las batallas.

Ningún acontecimiento decisivo ocurrió en las fronteras durante los años 1689 y 1690; Noailles entró en Cataluña y allí permaneció; en el Rhin, un ejército de cuarenta mil hombres, mandado por el mariscal de Durás, dejó que el elector de Brandeburgo y el duque de Lorena se apoderasen de Maguncia y de Bonn, en septiembre y octubre de 1689 respectivamente; Durás volvió á incendiar el Palatinado, en donde los aldeanos

exasperados hicieron la guerra de emboscadas, y al año siguiente, el ejército del Rhin, al mando del Delfín y del mariscal de Lorge, limitóse á vivir sobre el país enemigo y á proteger la Alsacia. En los Países-Bajos, en 1689, de Humieres defendió mal la frontera y partidas

librada en 1.º de junio de 1900 en la llanura de Fleurus, entre Charleroi y Namur, al ejército de Valdeck, y deteniéndose, después de haber conseguido esta victoria.

En el mar, la guerra ofensiva que dirigía Tourville al frente de las escuadras del Mediterráneo y del Océano



El elector Maximiliano Manuel de Baviera. De un grabado en negro de Pedro Schenck (1645-1715)

enemigas asolaron los cantones franceses de Tournai y de la Flandes walona. En 1690, los aliados realizaron un gran esfuerzo en los Países-Bajos: cuarenta y ocho mil hombres, españoles, holandeses y alemanes, mandados por Valdeck, habían de marchar hacia la Campaña, y en el Mosela formóse otro ejército á las órdenes del elector de Brandeburgo. Pero los coligados obraron lentamente, y Luxemburgo, maniobrando con rapidez, evitó su reunión, dispersando, tras una reñida batalla

reunidas, señalóse en 1690 por una gran batalla. Salido de Brest en 23 de junio con setenta buques, Tourville encontró la flota anglo-holandesa, compuesta de sesenta naves, á la altura del cabo Beveziers (1) (Beachy-Head), y trabó con ella combate el 10 de julio. Los holandeses, colocados en la vanguardia, se defendieron valerosamente y sufrieron grandes pérdidas: un buque apre-

(1) En la Mancha, al Este de Newhaven.

sado, ocho idos á pique, y siete con importantes averías. Los ingleses, que formaban el centro, combatieron de lejos y débilmente (1). Gracias á un cambio en la corriente de marea, los enemigos pudieron alejarse ordenadamente, habiendo Tourville cometido la falta de no perseguirlos con sus buques más ligeros y de perder, por consiguiente, el contacto con ellos durante la noche. En cambio, intentó ir en su busca hasta el Támesis, efectuó desembarcos en muchos puntos de la costa é incendió doce barcos de guerra que descubrió en Teignmouth (2).

Los ingleses hallábanse consternados y los holandeses estaban irritadísimos contra sus aliados, lo que hacía creer que se produciría una ruptura entre ellos. Pero el mismo día de la batalla naval de Beveziers, el rey Guillermo atacó en Drogheda, junto al Boyne, al rey Jacobo, que habría sido hecho prisionero en la derrota de sus irlandeses; si el cuerpo francés no hubiese protegido su retirada. Jacobo regresó á Francia y Guillermo anunciaba, en 20 de septiembre, al príncipe de Waldeck que iba á llevar la ayuda de los ejércitos ingleses á los aliados del continente, y á atacar á Francia á la vez por tierra y por mar.

II. — La gran alianza de Viena y la Francia

Durante aquellos dos primeros años, los enemigos de Francia se habían unido y habían formado una coalición. Consecuencia de negociaciones entre Viena y La Haya, dirigidas por Jacobo Hop, pensionario de Amsterdam, había sido el tratado de Viena (12 de mayo de 1689), por el que los aliados se comprometían á sostener la guerra con todos sus recursos, á restablecer el estado religioso y político sobre la base de los tratados de Westfalia y de los Pirineos, y á hacer que fuesen devueltos al duque de Lorena sus Estados y sus derechos hereditarios. Varios artículos separados, que habían de permanecer secretos para España, decían que los contratantes ayudarían á «Su Majestad Imperial y á sus herederos á posesionarse de la monarquía española,» en el caso de que Carlos II muriese sin heredero legítimo, y á hacer elegir rey de los Romanos al archiduque José.

Guillermo había seguido con mucho interés las negociaciones austro-holandesas y, después que hubo firmado con Holanda una alianza defensiva y ofensiva, había adherido al tratado de Viena en diciembre de 1689. De suerte, pues, que las dos potencias marítimas, durante largo tiempo rivales y adversarias, se reconciliaban y las dos se aliaban con Austria, de quien habían sido mucho tiempo enemigas, sin que les inquietara la posible reconstrucción del imperio de Carlos Quinto. Y no sólo no les inquietaba esa reconstrucción, sino que se obligaban á ayudar á realizarla; y es que además de detestar á Francia, la temían al verla fuerte como nunca lo había sido en el mar.

La alianza de Viena completóse con la adhesión que

(1) En su discurso al Parlamento (12 de octubre), Guillermo III expresóse, refiriéndose á esto, en los siguientes términos: «No puedo dejar de comunicaros la afrenta inferida al honor nacional por la mala conducta de mi escuadra en el último combate con los franceses y me considero obligado á proceder con la mayor severidad cuando sepa quiénes son los culpables.»

(2) En la Mancha, cerca de Exeter, en el Devonshire.

le prestaron, en junio de 1690, el rey de España, no sin hacerse rogar mucho por el emperador, y en octubre el duque de Saboya, Víctor Amadeo, que llegó á ese paso decisivo por caminos tortuosos. En efecto, habiendo realizado algunos actos que le hicieron sospechoso á Luis XIV, éste envió á Catinat con objeto de vigilarle y mantenerle por fuerza en la alianza francesa; apremiado para contraer compromisos más estrechos, prometió cuanto quisieron que prometiese, es decir, enviar á sus tropas á servir en Francia y devolver á los franceses, hasta que se firmara la paz, las ciudades de Turín y de Verrue; pero mientras retardaba las últimas negociaciones, fortificaba Turín y firmaba, en 3 y 4 de junio, tratados de alianza íntima con España y el emperador, quienes se comprometían á hacer restituir á Saboya Pignerol á cambio de la cesión de Casal á los españoles. Y el mismo día que concertaba el tratado con Leopoldo, Víctor Amadeo notificaba á Catinat que «la necesidad extrema en que el rey le ponía, le había movido al fin á recibir los ofrecimientos de auxilio que los españoles le habían hecho inútilmente repetidas veces.» Catinat atacó, en 18 de agosto, en Saffarde, al ejército de Saboya, aumentado con un contingente español y lo derrotó; pero quedó tan debilitado después de aquella victoria, que se limitó á apoderarse de Susa y de algunas fortalezas y á regresar á Francia para establecer sus cuarteles de invierno. Víctor Amadeo, que tenía motivos sobrados para temerle todo de Francia después de su ruptura, adhirióse, en 20 de octubre, á la Gran Alianza, la cual le prometió un subsidio de treinta mil escudos al mes y le garantizó la restitución de Pignerol; el duque, en cambio, revocó su edicto de 1686 contra los valdenses y se obligó á tratar favorablemente á los demás religiosos que quisieran establecerse en sus valles.

Desde aquel momento Francia queda encerrada dentro de un círculo de enemigos; de todos sus vecinos, únicamente los suizos no se habían declarado contra ella, y por vez primera véase Luis XIV reducido á sus propias fuerzas (3). Los portugueses, que en las guerras anteriores habían hostigado por la espalda á España, habíanse separado de Francia, á consecuencia de desacuerdos políticos y comerciales, y su rey don Pedro se había casado en 1687 con la hija del elector palatino, María de Neuburgo, prefiriéndola á una princesa de Francia. Los gabinetes de Madrid y de Viena hubieran querido hacer entrar al monarca portugués en la coalición, pero tímido y «atento á las bagatelas» como era, no quiso ponerse enfrente de Francia. Luis XVI no podía, sin embargo, esperar nada de él; tampoco de los Estados del Norte, de los cuales Dinamarca sólo prometió, en un tratado de marzo de 1691, su neutralidad, y Suecia, comprometida por varios tratados á proporcionar tropas al emperador y á Holanda, aunque eludía esas obligaciones, no pensaba en modo alguno en aproximarse á Francia. Finalmente la Santa Sede permanecía desconfiada y hostil, á pesar de las muchas concesiones hechas por Luis XIV, quien, entre otras cosas, había llamado á Francia á Lavardin, sin que esta satisfacción hiciera mella alguna en el ánimo de Inocencio XI. El sucesor de éste, Alejandro VIII, elegido en 6 de octu-

(3) La diversión operada por los turcos en el Danubio no era una ayuda prestada directamente á Francia.

bre de 1689, era tenido por favorable (1) á Francia. Luis XIV restituyó Aviñón y el Condado, renunció en 31 de octubre al derecho de asilo, y finalmente mandó venir de Roma al cardenal de Estrées, á quien la curia pontificia detestaba. El papa nada concedió en cambio, y con motivo de la cuestión de las bulas y de la declaración de 1682 se reprodujo la desavenencia, que no debía cesar hasta fines de 1693, en tiempo de Inocencio XII (2).

Francia podía hacer frente á la coalición (3), pues aunque debilitada por la emigración de los protestantes y por la disminución de su comercio, poseía aún recursos financieros y militares considerables. Para reunir el dinero necesario, se recurría de nuevo á los negocios extraordinarios; su organización militar era fuerte y sólida, y la defensa de sus fronteras continentales se había completado con la adquisición de Luxemburgo, de Casal y de Estrasburgo, que cerraban la entrada en el reino por el lado de los Países Bajos, por el de Italia y por el del imperio, y si bien su ejército no ascendía á trescientos mil hombres, como propalaban algunos, tenía cien mil hombres en campaña y otros tantos en las guarniciones. Por vez primera se organizó la leva de las milicias que dió veinticinco mil hombres (4); estos milicianos, aunque reclutados por fuerza, mal equipados y deficientemente instruídos, no tardaron en constituir un buen ejército de reserva. La artillería había sido aumentada recientemente y comprendía, además de los regimientos de fusileros y bombarderos, doce compañías de cañoneros; la caballería, que había trocado la espada por el sable, y cada uno de cuyos regimientos tenía una compañía de carabineros, no estaba bien montada; pero, en cambio, la infantería era buena y estaba bien armada, parte con la pica y parte con el fusil, que, gracias á la bayoneta de cubo inventada por Vaubán, se había convertido en arma de tiro y de esgrima.

También eran imponentes las fuerzas marítimas de Luis XIV. Las costas francesas hallábanse protegidas por los arsenales de Tolón, de Rochefort, de Brest y de Dunkerque y por numerosas fortificaciones levantadas á lo largo del litoral, y la defensa móvil de tierra estaba confiada á las tropas régulares, á los hidalgos que no servían en el ejército y formaban las compañías de la reserva, y sobre todo á las milicias guardacostas, compuestas de aldeanos que habitaban las parroquias cercanas al mar. Por las costas cruzaban gran número de navíos y cuarenta y cinco galeras, y de los doscientos diez y nueve buques de línea, ochenta estaban armados de cincuenta cañones por lo menos. A esto hay que añadir la flota auxiliar, pues los armadores transformaban sus barcos mercantes en corsarios para dedicarlos á aquel sistema de guerra irregular en el que tantos laureles habían de conquistar Dunkerque, Saint-Malo, Nantes y Bayona. En una palabra, las fuerzas navales

(1) Gerin, *Le pape Alexandre VIII et Louis XIV*, «Revue des Questions historiques», 1877. Von Bischoffshausen, *Papst Alexander VIII un der Wiener Hof* (1689-1691), Viena, 1900.

(2) Véase más adelante.

(3) Acerca de las fuerzas respectivas de Francia y de la coalición, se encontrarán numerosos datos en la excelente edición publicada por M. E. Bourgeois de la *Relation de la cour de France* por Spanheim.

(4) Véase pág. 278.

de Francia eran superiores en número y calidad á las flotas inglesa y holandesa reunidas, prodigio que había realizado la voluntad de Colbert.

Francia no carecía de hombres aptos para mandar aquellas fuerzas militares, pues si bien habían muerto Condé en 1686 y poco después el mariscal de Crequi, el mejor discípulo de Turena, quedaban otros capitanes. El mariscal de Lorge había pertenecido á la escuela de Turena, su tío, y seguía «el método y las máximas» de éste; Bufflers, que no servía para general en jefe, era un excelente teniente general, vigilante y activo; Catinat, otro teniente general, había ganado uno á uno todos sus grados, sin deber ningún ascenso á la intriga, y era tan «osado y emprendedor» cuando empuñaba la espada como «precavido» antes de la batalla. El mariscal de Luxemburgo tenía muchos puntos de semejanza con Condé: un genio ardiente, una ejecución pronta, un golpe de vista seguro y una «sangre fría que le permitía verlo todo en medio del fuego más terrible y del peligro más inminente. En estas ocasiones era verdaderamente grande; fuera de ellas, era la pereza en persona» y si había mujeres donde él estaba, «entonces era inaccesible á todo.» Respecto de los marinos, aun después de muerto Du Quesne, en 1688, y de retirado el conde de Estrées, todavía quedaban el caballero de Tourville, el conde de Château-Renault, Forbin, Juan Bart y Duguay-Trouin. El vicealmirante Tourville, célebre ya por sus victorias, manifestaba una prudencia que la corte consideraba excesiva; Château-Renault, más audaz, representaba á la marina joven, dispuesta á introducir innovaciones en la construcción y en el armamento de los buques; Juan Bart seguía siendo el tipo del oficial aventurero, sucesivamente marinero, corsario, capitán de barco y después jefe de escuadra; marino por temperamento, conocía perfectamente su oficio.

Seignelay, que administraba la marina, falleció en 3 de noviembre de 1690, siendo reemplazado por Luis Phelypeaux de Pontchartrain. Éste había suplicado al rey que no le pusiera al frente de aquel departamento, «porque no sabía nada de cosas de mar;» pero Luis XIV «quiso absolutamente que se encargara del mismo,» porque había recibido de él pruebas sólidas de su probidad y de su celo para servirle. Louvois, que murió en 16 de julio de 1691, tuvo por sucesor en el secretariado de la guerra á su hijo Barbezieux, que no contaba más que veintitrés años. Dotado «de mucha inteligencia, penetración y actividad, buen sentido y de una gran facilidad para el trabajo, «tenía,» sin embargo, grandes defectos; pues era «libertino, disipado, impertinente, trataba á veces con ligereza excesiva los asuntos militares... acudía á su despacho por necesidad, pero se imponía siempre al ejército; porque el hijo del señor de Louvois, creador, por decirlo así, de aquél, necesariamente debía inspirarle respeto.» «Era, bien mirado, un hombre que podía ser un gran ministro, pero en extremo peligroso.» Luis XIV comprendió que entonces, más que nunca, debía ser él mismo quien lo dirigiera todo á fin de mantener las tradiciones de la unidad.»

Los coligados, «unidos en intereses, en fuerzas y en consejos,» estaban resueltos á aportar un gran número de tropas: las Provincias Unidas, treinta y cinco mil hombres; el emperador, Inglaterra y España veinte mil